

## DOS MARTIRES DE LA FE SEGUN DOSTOYEVSKI Y UNAMUNO

“En tanto que otros grandes declinan, arrastrados hacia el ocaso por la misteriosa resaca de los tiempos, Dostoyevski se ha instalado en lo más alto”, escribe Ortega y Gasset<sup>1</sup>. Y es con un episodio de la novela *Los hermanos Karamázovi*, de ese titán de la literatura universal, que nos proponemos trazar un paralelo de *San Manuel Bueno, mártir*, la suprema “nivola” de Unamuno, que es como un testamento de su religioso sufrir. Ese paralelo vamos a esbozarlo sólo en cuanto al problema de la fe, cuestión central de la mencionada novela de Unamuno y que en la de Dostoyevski se concentra en el Capítulo V del Libro V de la Parte Segunda, titulado “El Gran Inquisidor”.

Esa cuestión trascendental de la fe, que debe plantearse solamente en el plano ontológico (no el antropológico) por ser allí donde adquieren relieve las luchas del espíritu, es algo que forzosamente tenía que atormentar a Dostoyevski, prototipo del alma rusa, mística hasta el arrebato, y tenía también que atormentar a Unamuno, imbuido de las doctrinas existencialistas de Kierkegaard, aunque con matices algo atenuados porque, como dice Ferrater Mora diferenciando al filósofo danés del español “...tal vez para Kierkegaard, que vivía sólo en angustia, se salva únicamente el hombre que tiene conciencia de su abismo, en tanto que para Unamuno, que ha vivido en la tragedia y en la esperanza, se salvan todos, aun los que parecen que no esperan, tienen algo en que esperar”<sup>2</sup>. Para Kierkegaard la interpretación de los misterios de la vida y de la muerte son más desolados y es por eso que, en su desesperanza enloquecedora, él grita: “¡Señor! Dadnos para las cosas inútiles miradas sin visión, y ojos llenos de claridad para todas tus verdades”<sup>3</sup>. Esa desesperanza total, esa total falta de fe, no es tan absoluta en los existencialistas posteriores: ellos mantienen que, aunque Dios no existe porque ya ha muerto, hay que creer en la humanidad; he ahí por qué ellos no caen en el suicidio. Es bien conocida la profunda admiración que Unamuno siempre sintió por Kierke-

---

<sup>1</sup> JOSÉ ORTEGA Y GASSET: “Ideas sobre la novela”, *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente, S. A., 1957, vol. III, pág. 399.

<sup>2</sup> JOSÉ FERRATER MORA: *Unamuno*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1944, pág. 47.

<sup>3</sup> SOEREN KIERKEGAARD: *Tratado de la desesperación*, Buenos Aires, Ediciones Rueda, 1941, p. 6.

gaard pero, "quizás lo que más le diferencia de Kierkegaard sea que a él le faltó ese sentimiento ~~de~~ culpa que tan vivamente tenía el danés, quien pensaba por otra parte que sólo gracias a él llega el hombre a ahondar en sí mismo, y quizás de ese modo a encontrar el camino de la verdadera fe" <sup>4</sup>.

Esa búsqueda del camino de la verdadera fe atormentó a Unamuno hasta el final de su vida. Según afirma un crítico contemporáneo, el gran vasco vivió en la duda; él era eso, "una conciencia dudosa" <sup>5</sup>. Aunque no es menester esa duda "para mantener al hombre afincado en su raíz, defendido de la trivialidad y del vacío, dueño de su personalidad", pues basta "la inquieta expectación de la vida eterna", porque "toda expectación es inquieta y más tal vez cuanto más esperanzada" <sup>6</sup>.

Ese mismo problema de la fe es el que más hizo sufrir a Dostoyevski a lo largo de su existencia, según él le escribió en varias cartas a su amigo Maikof en 1869 y en 1870, o sea diez años antes de la publicación de *Los hermanos Karamázovi* <sup>7</sup>. Es cierto que él no era católico; que su conocimiento del catolicismo era solamente exterior; que estaba mal informado; que confundía a los católicos con el catolicismo: parece no saber distinguir entre la etiqueta que lleva un individuo y la doctrina <sup>8</sup>. Pero no deja también de ser menos cierto que Dostoyevski era un gran mártir y que, en su parte de religiosidad, creía en el más allá. Por eso, porque —cual otro Hamlet— vivía balanceándose en el columpio de la duda, es que vivía atormentado. Esas dudas religiosas que cruzaban, como rayos en la noche, la psicopatología de Dostoyevski, las describe Freud en su estudio sobre el novelista ruso: "Según informes de ciertas garantía, [Dostoyevski] osciló durante toda su vida entre la fe y el ateísmo. Su gran inteligencia le hacía imposible ocultarse las grandes dificultades mentales que suscita la fe. Repitiendo individualmente una evolución histórica, esperaba hallar en el ideal cristiano una salida y una redención" <sup>9</sup>. Tanto de él como de Unamuno podría decirse que padecen de la desesperación-debilidad, esa enfermedad del "hombre inmediato" que en su *Tratado de la desesperación* nos define Kierkegaard: "Da completamente la espalda al camino interno que habría debido tomar para ser verdaderamente un yo. Toda la cuestión del yo, de lo verdadero, es entonces como una puerta vedada en lo más profundo de su alma. Sin nada detrás" <sup>10</sup>. Y seguramente

<sup>4</sup> ANTONIO SÁNCHEZ BARBUDO: "Los últimos años de Unamuno", *Hispanic Review*, vol. XIX, n.º 4, octubre 1951, pág. 314.

<sup>5</sup> EUGENIO G. DE NORA: *La novela española contemporánea*, Madrid, Editorial Gredos, 1958, vol. I, págs. 40-41.

<sup>6</sup> JULIÁN MARÍAS: *Miguel de Unamuno*, Madrid, Espasa-Calpe, 1960, págs. 126-127.

<sup>7</sup> ARNOLD STOCKER: *Âme russe. Réalisme psychologique des Frères Karamazov*, Genève, Suisse, Edition du Mont-Blanc, 1945, pág. 26.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pág. 108, n. 1.

<sup>9</sup> SIGMUND FREUD: *Obras Completas*, Madrid, Ediciones Biblioteca Nueva, 1948, vol. II, pág. 1050.

<sup>10</sup> KIERKEGAARD: *Op. cit.*, pág. 88.

que esa desesperación-debilidad es lo que hay que encontrar en el pesimismo que exhala toda la obra de Unamuno: en 1897 escribe: "La paz hay que buscarla en la guerra misma"<sup>11</sup>; en 1902 escribe: "La vida es sólo el conjunto de las funciones que resisten a la muerte"<sup>12</sup>; en 1912 escribe: "La contradicción unifica la vida y le da razón práctica de ser"<sup>13</sup>; en 1914 escribe: "El hombre es sólo un animal que habla, que se viste y almacena sus muertos"<sup>14</sup>; en 1917 escribe: "El hombre es el bicho más podrido y más indecente... y el hombre honrado es el peor de los hombres"<sup>15</sup>.

Hemos querido apuntar suscintamente esas características de la metafísica del escritor ruso y del escritor español porque tales preocupaciones se reflejan en la psicología esencial de los personajes por ellos creados. Después de todo, los personajes no son más que marionetas que el autor maneja a su antojo: "Le romancier est, de tous les hommes, celui qui ressemble le plus à Dieu. Il crée des êtres vivants, il invente des destinées, les tisse d'événements et de catastrophes, les entrecroise, les conduit à leur terme"<sup>16</sup>. Además, en el caso de Unamuno es oportuno señalar que una de las más importantes características en la producción de los autores de la Generación del 98 —grupo del cual Unamuno es el principal representante— consiste precisamente en la presencia del autor en sus creaciones literarias. Paralelamente, en el caso de Dostoyevski la crítica ha sabido encontrar fácilmente la presencia del novelista ruso en los atormentados personajes de sus obras.

Ahora, pues, estamos en mejor disposición para comprender las dos novelas a que nos referimos aquí en el aspecto, repetimos, en el cual ellas se relacionan con el problema escatológico de la fe. Porque la cuestión planteada por sus protagonistas es la carencia de esa virtud que es la fe y ocurriendo esa falta de fe nada menos que en un Cardenal y en el párroco de un pueblo, es por lo que esos agonistas son verdaderos mártires de la fe: Manuel Bueno "vive inmolándose para que otros sean felices"<sup>17</sup>. Exactamente medio siglo separan, en el tiempo, la publicación de *Los hermanos Karamázovi* (1880) y la de *San Manuel Bueno, mártir* (1930). En cada uno de esos años respectivamente, tanto Dostoyevski como Una-

<sup>11</sup> MIGUEL DE UNAMUNO: *Paz en la guerra*, Madrid, Colección Austral, 1960, pág. 249.

<sup>12</sup> MIGUEL DE UNAMUNO: *Amor y Pedagogía*, Madrid, Colección Austral, 1959, pág. 119.

<sup>13</sup> MIGUEL DE UNAMUNO: *Del sentimiento trágico de la vida*, New York, Las Américas Publishing Company, s. f., pág. 225.

<sup>14</sup> MIGUEL DE UNAMUNO: *Niebla*, Madrid, Colección Austral, 1958, pág. 165.

<sup>15</sup> MIGUEL DE UNAMUNO: *Abel Sánchez*, Madrid, Colección Austral, 1958, pág. 94.

<sup>16</sup> FRANÇOIS MAURIAC: *Le Roman*, Paris, Edition L'Artisan du livre, 1928, pág. 7.

<sup>17</sup> SANTIAGO LUPPOLI: "Il santo de Fogazzaro y San Manuel Bueno de Unamuno", *Cuadernos de la cátedra Miguel de Unamuno*, Salamanca, vol. XVIII, 1968, pág. 69.

muno habían alcanzado una madurez plena: el ruso había vivido 59 años de tormentos y el español tenía 66 años de una existencia plena de inquietudes. Ambas novelas son obras maestras de sus autores y de la primera dice Freud que "...es la novela más acabada que jamás se escribiera, y el episodio del Gran Inquisidor es una de las cimas de la literatura universal"<sup>18</sup>. Además, constituye como una especie de testamento espiritual de Dostoyevski, que murió muy pocos meses después<sup>19</sup>. En esa obra cumbre, Dostoyevski analizaba ya, como uno de sus temas principales, una de las ideas preferidas de los existencialistas: "Nous sommes condamnés à être libres", para emplear las palabras de Sartre. Y es interesante observar cómo ciertas fórmulas puestas en boga por el existencialismo de nuestros días son exactamente las mismas que saltan de los labios de Ivan Karamazov, el razonador frío y sin corazón: "Dios no existe"; "todo está permitido".

Es este Ivan Karamazov el que, en una expresión violenta de su ateísmo, le cuenta a Alíofcha, su hermano menor, un poema que él ha compuesto en su imaginación: la leyenda del Gran Inquisidor. En esa leyenda, Cristo se le aparece en Sevilla, en el siglo XVI, al Cardenal Gran Inquisidor y éste lo arroja a un calabozo porque ve amenazada su labor por la presencia desconcertante del Crucificado quien, al ser reconocido por la multitud, es seguido por ella con un frenesí delirante. El Cardenal Gran Inquisidor va a la celda y le dice a Cristo palabras terribles: "¿Por qué has venido a estorbarnos? Porque has venido a servirnos de estorbo, y harto lo sabes. Pero ¿sabes lo que va a pasar mañana? Yo no sé quién eres Tú, ni quiero saberlo; eres El o sólo una semblanza suya; pero mañana mismo te juzgo y te condeno a morir en la hoguera como el peor de los herejes; y ese mismo pueblo que hoy besaba tus pies, mañana, a una señal mía, se lanzará a atizar el fuego de tu hoguera, ¿sabes?"<sup>20</sup>. Eso se produce porque el Cardenal Gran Inquisidor ya no tiene fe y le reprocha a Cristo el haber juzgado tan severamente a la débil y rebelde humanidad. El anciano Cardenal, desde el pináculo de sus 90 años, le dice a Cristo que él tendrá que seguir engañando al pueblo, como si él siguiera creyendo en Cristo y precisamente "en ese engaño se cifrará también nuestro dolor, porque nos veremos obligados a mentir" (p. 209). Y continúa: "Enfádate, no quiero tu amor, porque yo no te amo" (p. 212). El secreto de que ya el viejo Cardenal Gran Inquisidor no cree en Cristo, él lo guardará y, por ello, será infeliz (p. 214). Guardará el secreto con convicción porque así le hará un bien al pueblo: "Pero nosotros guardaremos el secreto y, para su dicha, los embaucaremos con el galardón celestial y eterno"

<sup>18</sup> FREUD: *Op. cit.*, pág. 1044.

<sup>19</sup> STOCKER: *Op. cit.*, pág. 25.

<sup>20</sup> FIODOR M. DOSTOYEVSKI: *Los hermanos Karamázovi, Obras completas*, Madrid, Ediciones Aguilar, 1961, vol. III, pág. 206. Las páginas de las demás citas entre paréntesis en nuestro texto son tomadas de esta edición.

(p. 503). Profundamente convencido de su idea, insiste en que a los hombres hay que "...llevarlos engañados por todo el camino para que no se enteren a dónde los llevan, con objeto de que, siquiera durante el trayecto, esos seres lamentables se consideren dichosos" (p. 216). Entonces, Ivan se dirige a su hermano Alíoscha: "¡Y fíjate bien, engañarlos en nombre de Aquél en cuyo ideal tan apasionadamente creyó el anciano toda su vida" (p. 220). Todo el secreto del Cardenal Gran Inquisidor se reducía a eso: a que ya no creía en Dios. Esa falta de fe constituía su dolor, para un hombre como él "que toda su vida se estuvo matando con su ascetismo en el yermo y no se curó de su amor a la Humanidad" (p. 220). Finalmente, en el summum de su incredulidad, el Cardenal Gran Inquisidor, perdido completamente el sentido de los valores, no sabe quién es el juez y quién es el reo, y enfrentándose a Cristo —el cual, sin decir ni una sola palabra, pues no habla en ningún momento, le ha estado escuchando pleno de mansedumbre dulcísima— le impreca: "¡Júzganos si puedes y te atreves" (p. 214). ¡Qué ejemplo más impresionante de falta de fe! Jesús permanece callado, en silencio. No quiere El salvarnos a la fuerza sino dejarnos libres de decir "sí" o "no", como hizo Antígona frente a Creón: "Dios siente respeto por nuestra libertad"<sup>21</sup>. Dostoyevski mismo, defendiendo este capítulo de su libro, apuntó en su carnet de notas:

El *Gran Inquisidor* y el capítulo de los niños. Respecto a ambos capítulos, podían ustedes haberme juzgado despectivamente desde el punto de vista científico acaso, pero no desde el filosófico, con todo y no ser la filosofía mi especialidad. Ni en Europa hay ni ha habido nunca una expresión ateística de semejante fuerza. Luego creo en Cristo y proclamo mi fe, no como un niño, pues mi hosanna ha pasado por el *purgatorio de la duda*, como en mi última novela dice de sí mismo el diablo (pág. 1627).

El propio novelista se percataba tanto del enorme poder de sugestión que tenía ese pasaje de su libro, que él mismo declara, en una carta a su amigo Lioubimoff fechada el 16 de mayo de 1879, que el Gran Inquisidor y las ideas que él expone son una "représentation d'une impiété complète... une synthèse de l'état anarchique contemporain... la négation du sens même de la création de Dieu"<sup>22</sup>. Recordemos que la leyenda del Gran Inquisidor es un poema de Ivan Karamazov, el hombre *razonador*, y que las palabras que Dostoyevski pone en boca de Ivan, si bien son perfectamente lógicas, son esencialmente falsas porque el Cristo que Ivan nos presenta no es el verdadero Cristo: Ivan —con su mentalidad que Pascal

<sup>21</sup> ROMANO GARCÍA MARTÍN: "Cristo en Dostoyevski", *Cuadernos Hispanoamericanos*, vol. CXIII, mayo 1959, págs. 148-150.

<sup>22</sup> Citado por STOCKER: *Op. cit.*, págs. 145-146.

llamaría “espíritu de geometría”— parte de premisas erróneas que lo arrastran a conclusiones parecidas a la de este silogismo:

Todo lo que duele debe cortarse.  
Me duele la cabeza.  
Debo cortarme la cabeza.

De todas maneras, para Ivan Karamazov el Cardenal Gran Inquisidor era un mártir de la fe y su misma tragedia metafísica es la que azota el alma del párroco Manuel Bueno, el personaje de Unamuno al cual vamos a referirnos ahora. Ambos caracteres vivían desgarrados por el “único problema vital”:

La solución católica de nuestro problema, de nuestro único problema vital, del problema de la inmortalidad y salvación eterna del alma individual, satisface a la voluntad, y, por tanto, a la vida; pero al querer racionalizarla con la teología dogmática, no satisface a la razón. Y ésta tiene sus exigencias, tan imperiosas como las de la vida. No sirve querer forzarse a reconocer sobre-racional lo que claramente se nos aparece contra-racional, ni sirve querer hacerse carbonero el que no lo es<sup>23</sup>.

Ese mismo “purgatorio de la duda” de que habla Dostoyevski es el que sacude al párroco de la plácida aldea de Valverde de Lucerna, junto al lago azul de San Martín de Castañeda, en Sanabria, pues “No es indispensable que nadie pueda exponer la verdad positiva tan excelentemente como un dudador; sólo que éste no la cree”<sup>24</sup>. Unamuno es el hombre que quiere ser el creyente fervoroso que no es y no quiere ser el escéptico que es; esa tensión espiritual es la que él transmite al alma de su personaje. Por eso puede afirmarse que esta novela es la más clara visión de la lucha del hombre ontológico. Según Julián Marías, ella es “la más entrañable y honda novela de Unamuno... Es al mismo tiempo la más suya, aquella en que Unamuno alcanza la mayor fidelidad a sí mismo, a su propósito de penetrar en la realidad de la vida y la personalidad humana. Es un relato impregnado de profunda emoción, incluso de esa áspera ternura que penetraba difícilmente en las páginas de Unamuno, como a regañadientes, pero que a veces dominaba la narración entera...”<sup>25</sup>. Otro crítico, Eugenio G. de Nora, la llama “con seguridad la más honda y representativa, la más entrañable de todas sus novelas, y —estéticamente— la más perfecta que salió de su pluma”<sup>26</sup>. Quizás sea porque —como dice el

<sup>23</sup> UNAMUNO: *Del sentimiento trágico de la vida*, pág. 73.

<sup>24</sup> MIGUEL DE UNAMUNO: *San Manuel Bueno, mártir*, New York, Las Américas Publishing Co., 1960. Las páginas de las demás citas entre paréntesis en nuestro texto son tomadas de esta edición.

<sup>25</sup> MARIAS: *Op. cit.*, pág. 122.

<sup>26</sup> NORA: *Op. cit.*, pág. 38.

propio Nora— en ella Unamuno no nos cuenta historias completas de hombres vivos, reales, sino una historia de espíritu<sup>27</sup>. Y así como dijimos que *Los hermanos Karamázovi* es como el testamento espiritual de Dostoyevski, asimismo *San Manuel Bueno, mártir* merece ese mismo calificativo con respecto a Unamuno, según afirma Sánchez Barbudo:

... en la historia del párroco de Valverde de Lucerna es donde mejor y más bellamente él mostró la intimidad de su alma; y ya que él se identifica con ese incrédulo párroco, la historia donde más claramente indica cuál era el verdadero fondo de sus creencias es *San Manuel Bueno, mártir*, su confesión más sincera, su testamento definitivo<sup>28</sup>.

En relación con las novelas de Unamuno, nos parece oportuno mencionar la interpretación que da Marías acerca de ese sabor característico que ellas tienen, sabor que surge de los descubrimientos de su honda perspicacia, que quedan sólo en intuiciones, como penetrantemente observa el filósofo español:

Unamuno es un ejemplo característico del pensador que tiene el sentido vivo de una realidad recién descubierta, pero carece de los instrumentos intelectuales necesarios para penetrar en ella con la madurez de la filosofía. Sus intuiciones, movidas por la necesidad de su angustia ante el problema, son de honda perspicacia, pero se quedan en intuiciones. Unamuno nos muestra el espectáculo dramático y profundamente instructivo del hombre que aborda de un modo extrafilosófico o, si se quiere, prefilosófico, el problema mismo de la filosofía<sup>29</sup>.

Manuel Bueno, que a los 37 años comenzó a ser el párroco del pueblecito de Valverde de Lucerna, personaje central alrededor del cual gira toda la obra, hombre pleno de caridad y de bondad, vive —¡muere!— atormentado por la angustia de la perduración, por su querer creer en la vida perdurable, pero no logrando creer. Este sacerdote cristiano vive acongojado por la idea de la muerte, no precisamente por el temor a la muerte, sino por sentir que, si no se espera en la otra vida, ésta, la terrenal, es insufrible. Es ésa su hondísima tragedia: el no tener fe en la vida perdurable. Por eso, cuando él rezaba el Credo durante la misa junto con todo el pueblo a coro, “al llegar a lo de *creo en la resurrección de la carne y la vida perdurable*, la voz de don Manuel se zambullía, como en un lago, en la del pueblo todo, y era que él se callaba” (p. 20). Pero él les dejaba creer a los del pueblo que él creía y los mantenía engañados por el propio bien de ellos, para mantenerlos en paz, para mantenerlos felices con la

<sup>27</sup> *Ibid.*, pág. 27.

<sup>28</sup> SÁNCHEZ BARBUDO: *Op. cit.*, pág. 283.

<sup>29</sup> JULIÁN MARÍAS: *Filosofía actual y existencialismo en España*, Madrid, Revista de Occidente, S. A., 1955, pág. 181.

ilusión: “Yo estoy para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerlos felices, para hacerles que se sueñen inmortales y no para matarlos” (p. 48). Más adelante, continúa el buen párroco con su idea: “Vale más que lo crean todo, aun cosas contradictorias entre sí, a que no crean nada. Eso de que el que cree demasiado acaba por no creer nada, es cosa de protestantes. No protestemos. La protesta mata el contento” (p. 57). Insistía él en mantener la ilusión en su pueblo porque quizás vendrá un instante en que, en lo negro de la duda, saltará el rayo lustral de la fe salvadora. Y les decía: “Cuidad de estas pobres ovejas, que se consuelen de vivir, que crean lo que yo no he podido creer” (p. 66). Porque es un hombre peligroso y nocivo aquél que no creyendo más que en este mundo “se esfuerza en negarle al pueblo el consuelo de creer en otro... De modo que hay que hacer que vivan de la ilusión” (p. 72). El buen sacerdote quería así salvar a su pueblo porque, como él decía, “¿Cómo voy a salvar mi alma si no salvo la de mi pueblo?” (p. 30). O sea exactamente la misma idea expresada muchos años antes (1914) por Ortega y Gasset en su célebre frase: “Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo”<sup>30</sup>.

Pero ese engaño —“si es que esto es engaño”, dice Unamuno (p. 48)— que hacía este mártir de la fe, lo atormentaba, y por eso su vida era un constante suplicio, suplicio que nacía de que la duda era compañera de su vida, mientras intentaba vivir la muerte, valga la paradoja. Como dice Ferrater Mora: “La muerte acompaña a la vida, no como una amenaza, sino casi como la promesa de un destino que sin el morir sería imposible. Vivir es propiamente vivir en la agonía, vivir luchando con la muerte sin ser nunca vencido por ella, pero también, conviene ponerlo de relieve, sin vencerla nunca”<sup>31</sup>. Y en esa agonía diaria, Manuel Bueno expiaba su culpa en lo que Dostoyevski llamaba “el purgatorio de la duda”. Esa expiación era la que le hacía temblar la voz cuando en el sermón de Viernes Santo clamaba: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”. En esa duda punzante le pasa al santo párroco lo mismo que al Cardenal Gran Inquisidor: pierde el sentido de los valores y, en vez de ser él quien recibe la confesión del penitente, Unamuno hace que sea el penitente —Angela Carballino— quien recibe la confesión del sacerdote y le absuelve sus pecados. He aquí un detalle de gran originalidad pero que no tiene nada de artificial ni de fantástico, porque integra toda una concepción filosófica —siempre en el plano ontológico— del párroco Manuel Bueno y descubre el empeño último del hombre de afirmarse en la vida y de perpetuarse después de la muerte. Es lo que Unamuno ha expresado en otra parte:

<sup>30</sup> ORTEGA Y GASSET: *Meditaciones del Quijote*, op. cit., vol. I, pág. 322.

<sup>31</sup> FERRATER MORA: *Op. cit.*, pág. 94.



Cuando las dudas nos invaden y nublan la fe en la inmortalidad del alma, cobra brío y doloroso empuje el ansia de perpetuar el nombre y la fama, de alcanzar una sombra de inmortalidad siquiera. Y de aquí esa tremenda lucha por singularizarse, por sobrevivir de algún modo en la memoria de los otros y los venideros, esa lucha mil veces más terrible que la lucha por la vida, y que da tono, color y carácter a esta nuestra sociedad, en que la fe medieval en el alma inmortal desaparece<sup>32</sup>.

Esa duda ha minado el alma de Manuel Bueno hasta en sus capas más profundas, tanto que, cuando ya muy enfermo para morir da la última comunión, le dice a Lázaro Carballino: "No hay más vida eterna que ésta" (p. 63). Y enseguida le dice a Angela Carballino, "con voz que parecía de otro mundo: ...y reza también por Nuestro Señor Jesucristo" (p. 63).

Manuel Bueno murió dulcemente frente al pueblo que tanto había amado, en el presbiterio, al pie del altar, donde había pedido que lo llevaran (p. 68). Murió "creyendo no creer lo que más nos interesa, pero sin querer creerlo, creyéndolo en una desolación activa y resignada" (p. 78). Pero quizás, como cuenta Angela Carballino "... creo que Dios Nuestro Señor, por no sé qué sagrados y no escudriñados designios, les hizo creerse incrédulos. Y que acaso, en el acabamiento de su tránsito, se les cayó la venda" (p. 79). Como dice Marías, la muerte del buen párroco "es la realización misma de la novela, lo que da su sentido pleno a la historia y, por tanto, al relato"<sup>33</sup>.

Al esbozar este paralelo entre dos mártires de la fe, tal como los vieron Dostoyevski y Unamuno, constatamos con qué gran intensidad ambos personajes sienten sobre sí mismos la inmensa responsabilidad de su destino. Ellos comprenden la impotencia y la debilidad humana y se entregan al sacrificio con plena conciencia de sus actos. Ambos realizan su heroica misión con fines idénticos, siempre protegiendo a los hombres de la tortura de ese secreto de la fe perdida (pero deseada y predicada agónicamente) que, como dirigentes de almas, celosamente guardan. Tanto el Cardenal Gran Inquisidor como el párroco Manuel Bueno sufren las mismas dudas metafísicas, las cuales —como problema esencialmente religioso— corresponde discutir en el plano ontológico. De ahí que nos parezca tan acertado el juicio de Luppoli sobre la novela del español: "Ha sido estructurada con esencias. Parecería como que Unamuno hubiera querido concentrar los conceptos hasta reducirlos a su simplicidad mínima, a la transparencia y a la fuerza de los valores o categorías esenciales<sup>34</sup>. Sólo así puede adentrarse en la comprensión de los caracteres del Cardenal y del párroco, a los cuales se les puede aplicar la idea unamuniana de que

<sup>32</sup> UNAMUNO: *Del sentimiento trágico de la vida*, pág. 51.

<sup>33</sup> MARÍAS: *Filosofía actual y existencialismo en España*, pág. 166.

<sup>34</sup> LUPPOLI: *Op. cit.*, pág. 69.

la virtud no se basa en el dogma sino que es éste el que se basa en aquélla: "Es el mártir el que hace la fe más que la fe al mártir"<sup>85</sup>. Ambos protagonistas

... pertenecen al mundo del sentimiento y de la voluntad, no al del raciocinio... [ellos] no aceptan las pruebas racionales de la existencia de Dios y carecen de la virtud teológica y sobrenatural de la fe, luchan en un penoso proceso para elaborar una máscara... No hay duda de que el problema es el mismo, pues la tesis de la immanencia vital que inspiró a ambos autores [Dostoyevski y Unamuno] es la misma<sup>86</sup>.

Así pues, hemos constatado cómo dos autores representativos de dos diferentes culturas, separados en el tiempo por medio siglo y más separados todavía por los variados elementos que integraron sus existencias agónicas, se sintieron obsesionados por las mismas preocupaciones y desarrollaron exactamente el mismo tema. Es que allá, en lo más hondo, el ser humano es fundamentalmente igual, aunque no podamos dejar de maravillarnos, a cada paso, ante las mil y mil variantes que matizan a los hombres, diferenciándolos en lo no sustancial o accidental. Ese mismo pensamiento es el que Ortega y Gasset expone en su estilo incomparable:

Y mi corazón salió entonces del fondo de las cosas como un actor se adelanta en la escena para decir las últimas palabras dramáticas. Paf... paf... Comenzó el rítmico martilleo y por él se filtró en mi ánimo una emoción telúrica. En lo alto, un lucero latía al mismo compás, como si fuera un corazón sideral, hermano gemelo del mío, y como el mío lleno de asombro y de ternura por lo maravilloso que es el mundo<sup>87</sup>.

GUSTAVO J. GODOY

*Jacksonville University*  
*Jacksonville, Florida*

<sup>85</sup> UNAMUNO: *Del sentimiento trágico de la vida*, pág. 227.

<sup>86</sup> LUPPOLI: *Op. cit.*, págs. 67-68.

<sup>87</sup> ORTEGA Y GASSET: *Meditaciones del Quijote*, *op. cit.*, vol. I, pág. 364.